

Compartido. Cabemos. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo plegado.

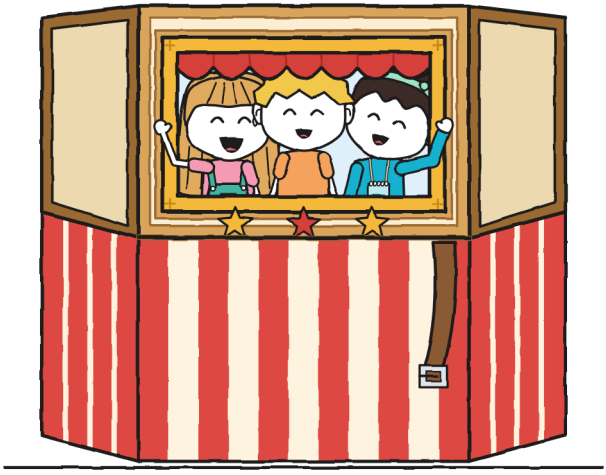


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: los dragones de verdad no existen y los paquetes no vuelven volando. Para un traslado de verdad, mira la última página. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 6

Un sitio para tres

LinguAula



(el cuaderno de Guni)

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 6

Un sitio para tres

Sexto libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde», «No abrir antes del trueno», «Devuelto, por favor», «¡Aquí no, Miga!» y «Una tarta para dos».

Texto e ilustraciones: LinguAula

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

Primera edición: 2026

© 2026 LinguAula · info@linguaula.com

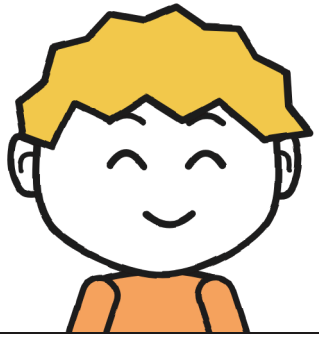
Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tipografías: Andika, Patrick Hand, Caveat y Courier Prime (licencia SIL OFL).

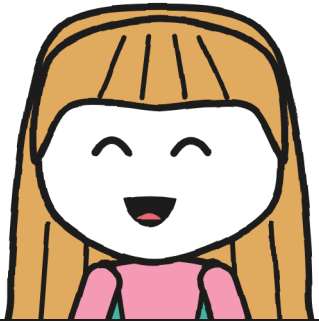
Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Este se lleva entre tres. Yo ya he elegido asa. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



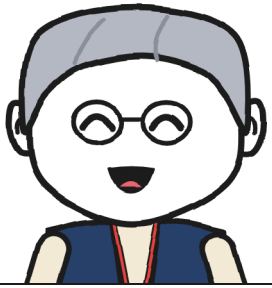
Guni. Mide en centímetros. Esta semana cuenta también otra cosa.



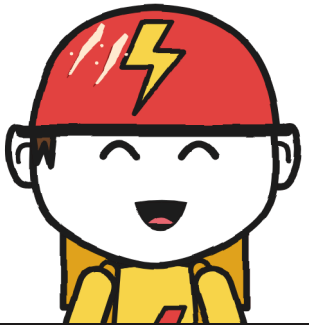
Julita. Se sabe el camino. Explicarlo es otro asunto.



Noa. Amiga de Julita desde antes. Mide en pasos: los lleva siempre puestos.



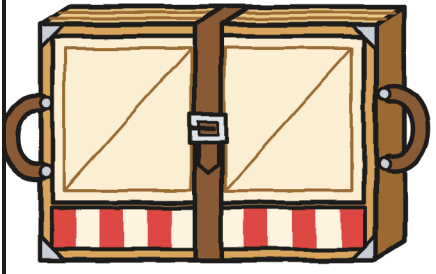
Irene. Lleva el taller de teatro. No dice por dónde: dice «alto».



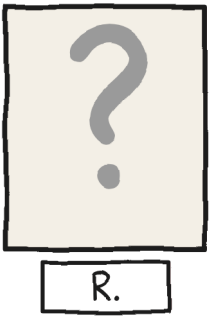
Toño. De RAYO y de la tienda. Cronometra y no opina. Casi.



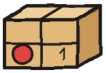
Mara. Presta el paquete. La caja no la suelta.



El n.º 6. Un teatro que cabe en una caja. Si nadie sujeta la correa, se abre donde quiere.



R. Remitente. Esta vez dejó una línea en un inventario.



CAPÍTULO 1

¿Por qué hacen falta tres?

El cuaderno 5 se acabó con dos agujas en una esfera, y lo cerré así, sin pedirle a ninguna que se quitara. Un cuaderno terminado se queda como lo dejas. Es lo bueno que tienen: ya nadie puede discutirlos.

El 6 es naranja. Naranja mandarina, de las que se pelan de una sola vez si no tienes prisa, y lleva también el sello de la tienda en una esquina. Mara lo dejó en el mostrador, al lado del rosa, y se fue a la trastienda a ordenar unas cajas que ya estaban ordenadas. Mara no da los cuadernos: los deja donde vas a mirar.

Para la primera página tengo una tradición. Al 2 le puse OFICIAL; al 3, SECRETO; al 4, DEFINITIVO; al 5, TRANQUILO. Cuatro palabras con cerradura, y las cuatro las leyó Julita antes que nadie, incluido yo. Esta vez busqué una palabra que ya contara con eso.

Arriba escribí CUADERNO DE REPARTO 6 · de Guni, que es lo que se escribe. Debajo, una sola palabra:

COMPARTIDO.

Y dejé media página libre, por si acaso. No sabía por si acaso qué. Lo supe enseguida: no duró libre ni un minuto.

Julita estaba al otro lado del mostrador. No me pidió el cuaderno; tiró de él con un dedo, destapó el rotulador verde y escribió en la media página con una letra tan grande que llegó al margen, se lo pensó y siguió por el margen. Después tapó el rotulador con cara de «yo no he sido», que es una cara que en esa tienda ya es de todos.

Yo he compartido la primera página con mi letra. —J.

Medí lo que ocupaba: la mitad de abajo, entera. Mi palabra, con todo el aire que le había dejado alrededor, ocupaba la de arriba. Dos mitades. Me pareció una división muy razonable.



Lo de siempre, para quien llegue a este cuaderno sin haber pasado por los otros. La tienda se llama Entregas Imposibles y es de Mara, que es bruja, lleva sombrero morado y tiene un sello que, al estamparse, suelta chispas con olor a vela apagada. En la estantería de la izquierda guarda los devueltos: paquetes que nadie ha conseguido entregar, mandados todos por R. Si quien recibe uno no firma la etiqueta con tinta que no se borra, al amanecer el paquete regresa volando a su balda. Eran veinte. Julita y yo hemos entregado cinco: un huevo de dragón, unas semillas con patas, una campanilla, un equipo de llegada y un soporte para la panadería de Elia. En la pared, con letra verde,

pone QUEDAN 15. Toño, el de RAYO, tiene su sitio en una caja boca abajo, junto a los taburetes. De momento.

El lunes, al día siguiente de la nota de Elia, salí del colegio y fui derecho a la tienda. Julita me esperaba en el mostrador con un sobre en la mano. No era verde ni azul, que son los colores de sobre que conozco. Era turquesa, y estaba cerrado. Lo sujetaba con dos dedos, por una esquina, como si quemara.

—Lo ha traído el cartero. Pone «A la tienda Entregas Imposibles». Llevo un rato sin abrirlo.

—¿Cuánto rato?

—Veintiocho minutos —dijo Toño desde su caja, mirando el reloj—. Récord del barrio.

Llevaba el casco puesto dentro de la tienda, con sus dos rayitas de garra, y el reloj por fuera de la manga, para no perder tiempo en remangarse.

Yo conozco a Julita. Un sobre cerrado, en sus manos, dura lo que tarda ella en encontrarle la solapa. Veintiocho minutos no eran paciencia. Eran otra cosa, y no supe cuál.

No era mío. Los sobres que no son míos pesan el triple. —J.

Mara lo abrió con una uña, sin romper más papel del necesario. La carta era de letra clara, de adulta, de esas que no se tuercen al final del renglón:

«Soy Irene, la responsable del taller de teatro del centro vecinal. Al poner al día el inventario he encontrado una línea: "Teatrillo plegable: pendiente de recibir". ¿Lo tienen ustedes? El sábado 31 es la gincana del barrio. Si el teatrillo llega plegado a nuestro patio, llevado por un equipo de tres, lo firmo allí mismo. En el equipo de Noa hay sitio para tres y, de momento, solo está ella.»

Debajo, con otra letra, pequeña y recta, en turquesa:

«Julita: ¡soy yo! Ahora hago teatro. Tráete a alguien que sepa de paquetes. —Noa».

Julita leyó la firma y se le subió la boca por un lado, solo por uno, como cuando se acuerda de algo que no piensa contar. Dijo «Noa» bajito, igual que se dice el nombre de una calle por la que has pasado mil veces.

«Alguien que sepa de paquetes». Ese era yo. Lo de «paquetes» me gustó. Lo de «alguien», menos.



A las cinco llegaron las dos.

Irene llevaba una carpeta, un chaleco azul marino lleno de bolsillos y un silbato colgado del cuello. Tenía el pelo corto y gris y unas gafas redondas, y con ellas recorrió la tienda balda a balda, como quien hace inventario sin que se lo hayan pedido. Noa llevaba una libreta colgada de una cuerda y un lápiz turquesa detrás de la oreja. El pelo, en un moño alto de rizos,

sujeto con un pañuelo verde menta; el jersey, turquesa, como el sobre. Todo en ella parecía puesto en su sitio para no tener que buscarlo.

Julita salió de detrás del mostrador sin abrir la portezuela, por debajo, y se abrazaron. Se abrazaron tanto rato que me dio tiempo a medirlo: once segundos. Yo me quedé a un lado, con el cuaderno. Un cuaderno también sirve para eso: para tener algo en las manos.

—Este es Guni —dijo Julita—. Sabe de paquetes.

—Hola, Guni que sabe de paquetes —dijo Noa. Y apuntó mi nombre en su libreta.

Lo apuntó entero, con el apellido que me acababa de poner. Desde donde estaba vi que yo era la segunda línea de la hoja. La primera ponía «Julita», y tenía una raya debajo, como las cosas que ya están hechas.



Mara se subió al taburete azul y bajó de su balda el n.º 6. Una caja igual que todas, ni más grande ni más pequeña. La etiqueta tenía cinco líneas a máquina: N.º 6. TALLER DEL PATIO. ENTRADA POR LAS DOS PUERTAS. ENTREGAR PLEGADO. Y abajo, como siempre, REMITENTE: R. Alrededor, nueve sellos de DEVUELTO.

—Nueve sellos —dijo Julita.

—«Las dos puertas» —leyó Noa—. ¿Qué dos puertas?

Irene no lo sabía. Mara, tampoco. Yo lo apunté con un signo de interrogación, que es lo que apunto cuando no sé algo y quiero que conste que me he dado cuenta.

—Lo llevé nueve veces —dijo Mara—. Los lunes me abría la costura. Los miércoles, el coro. Los viernes, el ajedrez. «¿El taller? Aquí no es.» Nadie firmaba por un taller.

Lo dibujé mientras hablaba, en tres viñetas: Mara, con la caja bajo el brazo, delante de la misma puerta, y en la puerta, por turnos, una aguja con hilo, una nota de música y un caballo de ajedrez, que no decía nada porque en el ajedrez se está callado. Debajo, la caja entrando por la ventana de la tienda al amanecer. Nueve veces.

—El teatro ensaya en el patio —dijo Irene—. Y en el patio no hay timbre.

Abrió la carpeta y le enseñó a Mara una hoja con un sello del centro. Mara la leyó con la nariz muy cerca, que es como lee ella lo que piensa tomarse en serio.

—Ahora está en el registro: «Taller de teatro. Responsable: Irene». Por un taller ya firma alguien.

—Ahora que hay quien firma, ¿por qué no se lo lleva Mara en su caja, como el soporte de Elia? —preguntó Julita.

—En su caja lo llevé nueve veces —dijo Mara—. Ahora las condiciones las pone quien recibe.

—Un teatrillo plegable es para llevarlo a las plazas —dijo Irene—. Tengo que ver que mis niños pueden con él por la calle. Si no pueden, no me sirve. Y no firmo lo que no me sirve.

—Eso ya lo he oído yo en una panadería —dijo Mara.

Yo tenía una pregunta desde que había leído la carta, y la hice antes de que se me gastara.

—¿Y por qué hacen falta tres?

Lo pregunté de verdad. Un fardo con dos asas; dos personas, una en cada asa. Lo había contado con los dedos y me salían dos.

Nadie se rio. Irene me miró por encima de las gafas, como se mira una pieza que encaja mejor de lo que parecía.

—Buena pregunta. El martes, en el patio, me la contestáis vosotros.

Mara abrió su libro y apuntó sus condiciones. Las de Mara caben siempre en una mano; las conté con la mía y me sobró el pulgar:

- N.º 6: prestado para ensayar.
- Sale con Irene o conmigo.
- Vuelve plegado.
- Duerme aquí.

La etiqueta se queda en la caja, y la caja, con Mara.

Si duerme en su balda, al amanecer no tiene adónde volver. Sigue en nueve sellos. Lo pregunté. —J.



El martes fuimos al patio del centro vecinal. Se entra desde la acera por una cancela de hierro con muchas capas de pintura, que se cierra sola: la sueltas y vuelve, despacio, hasta dar un clic, como un perro que se sienta sin que se lo manden.

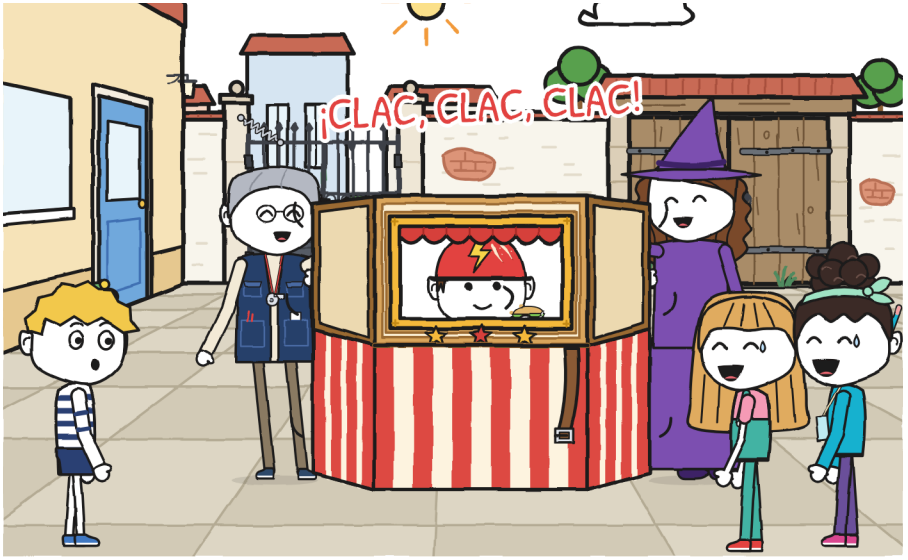
Mara puso la caja en el suelo y soltó la tapa. Al salir, el teatrillo creció, como el soporte de Elia. Yo ya no me asusto: saco la cinta.

Cerrado era un fardo plano de paneles de madera y tela, con un asa a cada lado y una correa que pasaba por una hebilla de tres agujeros. Un metro por setenta centímetros y, de canto, un palmo. La cancela, con su hoja abierta, noventa centímetros. De canto, cabía por la cancela. Eso era lo fácil.

Antes de nada, Irene quiso ver si estaba entero. Soltó la correa y giró el fardo. Los paneles se abrieron solos, por su peso, uno detrás de otro: clac, clac, clac. Un escenario con tres paredes, un telón corto y una ventana con marco en el panel del fondo.

Por la ventana se veía a Toño, que pasaba por la acera con un bocadillo. Tenía la boca llena. No pudo saludar. Se quedó parado un momento, enmarcado, con el casco puesto y un moflete más gordo que el otro, como el retrato de alguien importante pintado a la hora de comer.

—Está entero —dijo Irene—. Regla del taller: las manos, en las asas. En las bisagras, nunca. Y en los giros, alguien sujeta la correa.



Lo apunté tal cual.

Irene y Mara lo plegaron y abrocharon la correa.

—Probamos nosotras —dijo Julita. Noa ya estaba en la otra asa.

No se miraron para decidirlo. Ni siquiera se lo dijeron: cada una fue a su lado como se va a la silla de siempre.

Contaron hasta tres y lo levantaron. Podían. Dieron una vuelta al patio, despacio, con los codos un poco abiertos, y el teatrillo iba entre las dos sin balancearse, como una bandeja bien llevada. Llegaron a la cancela. La cancela estaba cerrada.

Julita la miró. Noa la miró. Tenían cuatro manos y las cuatro estaban ocupadas.

Yo estaba a dos metros, con las dos mías libres y un cuaderno.

Irene, al fondo, con la carpeta contra el pecho, no dijo nada. Ni «ayúdalas» ni «tú».

Sujeté la cancela con la espalda. Pasaron. Irene apuntó algo en la carpeta.



Esa tarde inventé el aparato de este cuaderno. Es el quinto de mi carrera, después del temblómetro, el rojómetro, el aquímetro y el ruidómetro, y el primero que no mide a una persona, sino a varias a la vez. Lo llamé EL MEDIDOR DE TRES, «quién hace qué

en cada tramo». Una fila por tramo y tres casillas, cada una con su dibujito:

- CARGAR: dos manos en dos asas.
- ORIENTAR: decir por dónde y cuándo.
- ABRIR PASO: puertas, bordillos, gente.

En la primera fila, «patio, primer intento», puse «Julita y Noa», «Julita y Noa» y una casilla vacía. En la segunda, «patio, segundo intento», lo mismo, pero en la tercera casilla puse «Guni».

Dos nombres repetidos y una casilla vacía: no se pasa. Con la casilla llena, sí. Ya tenía la respuesta para Irene, y era mía.

Y apunté otra cosa, más pequeña: «Una cancela también la sujeta una piedra».

La escribí con el lápiz casi sin apretar.



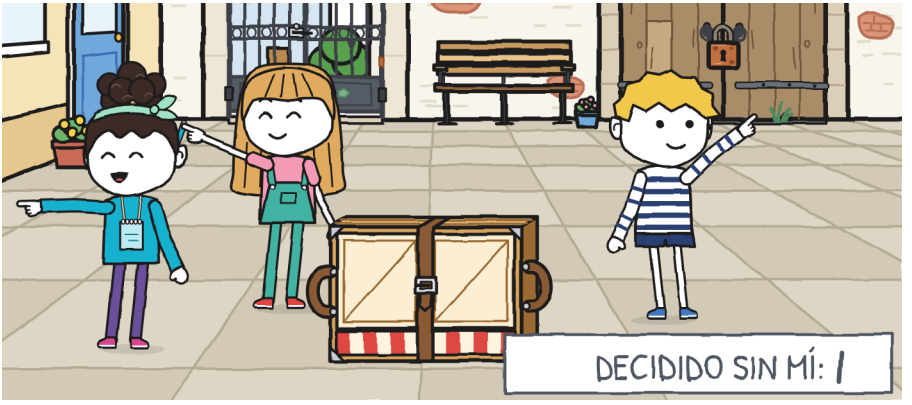
Faltaba entender la etiqueta.

—Las dos puertas son las dos hojas de la cancela —dijo Julita.

—Hay que abrir las dos —dijo Noa.

—Podríamos medir primero la tapia por fuera —dije yo.

Señalamos los tres a la vez. Julita, la cancela. Noa, la sala del taller. Yo, la calle.



—Luego —dijeron las dos.

Lo dijeron a la vez y con la misma música, como si lo hubieran ensayado. Lo habían ensayado, supongo. Durante años.

Fui yo solo. Salí por la cancela, que se cerró detrás de mí con su clic, y di la vuelta a la tapia midiendo con la cinta, tramo a tramo, apuntando cada número en el cuaderno apoyado en la rodilla. La tapia era larga y daba a un callejón con olor a agua quieta. Y allí, a la vuelta, encontré una cosa.

Volví deprisa, con la cosa en la cabeza y la cinta todavía sin enrollar, arrastrando un metro de amarillo por la acera. Cuando entré, Julita y Noa se estaban riendo de algo que pasó antes de que yo llegara al barrio. Se reían con los hombros, sin hacer ruido, y Noa le tocaba el brazo a Julita para que parara, y Julita no paraba.

Abrí la boca.

—Ya está decidido, Guni —dijo Julita—. Son las dos hojas.

En la esquina de abajo de la página, pequeño y a lápiz, escribí: DECIDIDO SIN MÍ. Y al lado, una rayita. Lo escribí con la boca todavía abierta.

Cerré la boca. Y el cuaderno.

Esa rayita la vi dos días después. Era mía. —J.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Este libro existe en seis tallas, de 3 a 16 años, y en más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L cuentan la historia página a página, con los mismos dibujos y cada vez más matices. La XL es la novela: la misma historia, con sitio para todo lo que Guni piensa y no dice.

Niveles del MCER orientativos: XXS, pre-A1 · XS, A1 · S, A2 · M, B1 · L, B2 · XL, B2–C1.

Cada uno en su talla. El mismo teatrillo. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com (con las actividades de la talla L)